

LA PEREGRINACIÓN A COMPOSTELA

Hay dos aspectos de las peregrinaciones a los sepulcros de los santos que las hacen paradójicos: los santos eran conservados en determinados lugares, pero atraían visitantes de toda la Cristiandad; las peregrinaciones presuponían una situación internacional estable para garantizar un viaje sin incidentes, si bien daban por sentado que los peregrinos no estaban arraigados en los lugares de los que procedían para no aventurarse a un largo viaje.

En el imperio romano del s IV el atractivo de los Santos lugares era muy poderoso. Roma atraía peregrinos a los sepulcros de san Pedro y san Pablo, especialmente después que la conquista musulmana de Jerusalén (658) hiciera el viaje sumamente peligroso. Por aquél entonces, los eclesiásticos imponían también la peregrinación como penitencia. Los monjes irlandeses cultivaron la idea de que la vida cristiana era una peregrinación que había que vivir como un permanente exilio. En consecuencia, los largos viajes de los peregrinos a los sepulcros de los santos venían a ser como una forma suave de negación de uno mismo. Dado que los viajes a lugares distantes estaban sujetos a impredecibles dificultades provocadas por la inestabilidad de las condiciones políticas, la peregrinación en sí seguía siendo una decisión poco usual que sólo se emprendía con la debida solemnidad. Sin embargo, a partir del siglo XI, es evidente que los viajes de los peregrinos estaban organizados con el fin de hacer que los rigores del traslado resultasen lo menos perjudiciales posible para los participantes.

No hay ningún texto anterior al 700, aproximadamente, que haga mención alguna a Santiago de España y hasta alrededor del 900 no fue un culto establecido en aquel lugar de la diócesis de Iria donde se creía que, hacia el 830, había sido descubierta la tumba del apóstol. Aunque antes de que finalizara el siglo IX se construyó una iglesia en Compostela, hasta que Guillermo Fierabrás, conde de Aquitania (970-1029), no hizo una peregrinación a dicho lugar no se tienen pruebas de que el culto se hubiera propagado fuera de España. Hacia el final del siglo XI el culto estaba tan afincado que el papa autorizó al obispo de Iria que trasladase su silla a Compostela, donde en 1076 se había comenzado la construcción de una nueva basílica en honor de Santiago. En esa época la peregrinación gozaba ya de fama internacional y casi inmediatamente se convirtió en uno de los cultos principales de la Cristiandad occidental, donde sólo Roma podía vanagloriarse de poseer las reliquias corporales de un apóstol.

Los promotores del culto consideraron oportuno elaborar la historia acerca de cómo había ido a parar Santiago a Compostela, tratando de llenar las lagunas existentes en las narraciones que se tenían a fin de escribir una historia más noble y posiblemente disipar las dudas que pudieran surgir al respecto. Nuestra fuente principal de información es una compilación, *Liber Sancti Jacobi*, escrito sobre Compostela en tiempos del arzobispo Diego Gelmírez (1101-1139), activo defensor del culto. Reúne varios textos, entre ellos una historia legendaria de Carlomagno que se convirtió en la parte más famosa del texto. No se sabe con seguridad cuándo fue escrito, pero subraya la importancia del tráfico de peregrinos desde las tierras natales de Carlomagno. Va seguida de una guía de peregrinos escrita por una persona oriunda de Francia, pensada para indicar a los peregrinos los diferentes estadios del viaje a través del norte de España desde el Puente de la Reina. El autor hace referencia a cuatro rutas posibles a través de Francia para llegar a este punto de partida dentro de España. Así pues, es evidente que a mediados del siglo XII era considerable el número de peregrinos que se dirigían a Compostela desde lugares situados más allá de St. Gilles, Le Puy, Vézelay o Tours, o incluso desde lugares tan apartados como Italia, los Países Bajos y Normandía. Otros peregrinos llegaban en barco desde los países cristianos del norte. La importancia de las rutas terrestres es evidente, particularmente la influencia de Cluny, tan destacada en los siglos XI y XII en la España cristiana.

Aunque es posible que los peregrinos siguieran estas rutas durante varias generaciones, todo parece apuntar a la promoción del culto a finales del siglo XI, cuando Cluny tuvo su máxima influencia en el norte de España.

Sancho el Mayor de Navarra (rey 1010-1030) había vuelto a ocupar la región de Nájera-Logroño, consiguiendo con ello que las antiguas rutas utilizadas en las peregrinaciones, cortadas en el siglo X por las incursiones de los sarracenos, volvieran a ser transitadas sin peligro para los viajeros. Las guerras contra los musulmanes atrajeron soldados cristianos a España, como los habían atraído a Sicilia o más tarde a Tierra Santa, animados por las historias de Carlomagno, que habían luchado en la península en épocas primitivas. El triunfo de las armas cristianas, que en 1085 llegaron a Toledo, infundió nuevos ánimos a los reinos cristianos del norte de España, donde se estaban construyendo nuevas iglesias. Una tras otra, las etapas de la ruta iban siendo adornadas con nuevos edificios, construidos en estilos en los que se mezclaban elementos de Francia y de la España mozárabe.

La guía resultaba útil para los organizadores o directores de los grupos de peregrinos. Aproximadamente un tercio de la misma está dedicado a una descripción detallada de la ciudad de Compostela, de sus iglesias y basílica, y todavía más espacio se dedica a la enumeración de los santos cuyos sepulcros se encuentran en el lado francés de los Pirineos. Sin embargo, el espacio consagrado a las diferentes regiones de España atravesadas por los peregrinos, a sus gentes, a las paradas del viaje; a las hospederías, a los ríos que hay que atravesar y a la calidad de sus aguas para utilizarlas como bebida ofrece una información clara y específica para uso de los viajeros. El autor da por sentado que sus lectores compartirán la impresión que a él le producen las gentes rústicas que encontrarán en la ruta. Los viajeros que se veían obligados a cruzar los anchos ríos de las proximidades de Bayona debían pagar cantidades exorbitantes a los barqueros, contra los cuales arremete furiosamente el autor de la Guía. Alegando que sólo los mercaderes estaban obligados a pagar esos derechos de peaje, no los peregrinos, revela que los barqueros en realidad satisfacían esos derechos al rey de Aragón y a otros señores, mientras el clero local no sólo exoneraba a esos depredadores, sino que incluso los recibía en los sagrados altares. En efecto, deja perfectamente claro que toda la región se había confabulado para esquilmar a los peregrinos. El autor considera, desesperado, que sólo la pública excomunión de esos malhechores en el mismo Santiago podría acabar con la práctica, pero el entusiasmo de los peregrinos por el santo los exponía inevitablemente a tan cínica explotación. Los montañeses españoles no entendían por qué todos los beneficios del comercio organizado en torno a las peregrinaciones tenían que ir a parar a los mercadillos en donde se vendían conchas, vino, sandalias, monederos de cuero, bolsas, cintos o remedios a base de hierbas, que asaltaban a los peregrinos antes de llegar a la gran iglesia de Compostela.

Por fortuna, el autor asegura a sus lectores que en Galicia los viajeros van a encontrar un país agradable, agua pura y fruta abundante, pan de centeno, sidra, leche, miel, pescado, carne de cordero y bestias de carga, así como oro, plata, telas, pieles y las riquezas de los sarracenos. Descubrirán que los gallegos, a pesar de su carácter colérico y discutidor, tienen unas costumbres más parecidas a las de *'nuestro pueblo francés'* que ninguno de los demás pueblos rústicos de España. Nadie podía dejarse tentar por la guía y embarcarse en un viaje a Compostela haciéndose la ilusión de encontrar festejos o de recorrer un país nuevo y atractivo. Si los viajeros se solazaron con otra cosa que no fueran los mojones con imágenes de santos, no ha quedado constancia del hecho. El viaje era tan largo y tan azaroso que era indispensable ir armado con una cierta voluntad de mortificar la carne a cambio de algún beneficio espiritual. Sin embargo, de las tribulaciones que pudieron pasar los peregrinos únicamente han sobrevivido los monumentos de los edificios levantados a lo largo del camino, en parte a sus expensas. El camino a Santiago estaba literalmente preparado para el bien de los peregrinos y el mantenimiento de la peregrinación a un lugar de Galicia tan remoto como aquel durante toda la Edad Media no representa otra cosa que el agradecimiento de las generaciones posteriores por haberse podido beneficiar de los bienes que para ellas prepararon los pioneros de los siglos Xi y XII.

Donald Matthew, *Europa Medieval*. Círculo de lectores, Barcelona, 1989, pp 102 y 103.